

ADVENTURA

REVISTA
POPULAR
CONTEMPORANEA

PRECIO

15-cent^{os}

PRECIADOS, 20
La Funeraria
Teléfono 225

CARLOS COPPEL
FABRICANTE DE RELOJES
Fuencarral, 25 y 27

EL GLÓBULO ROJO

INDISPENSABLE Á LA VIDA

Curación radical de la **anemia, clorosis, flujos** y cuantos desarreglos reconozcan por causa la degeneración de la sangre en el hombre, la mujer y el niño. Preparación ferruginosa del farmacéutico D. Avelino Ruiz-Capillas. Principales farmacias.

AUTOR
Santiago, 2, Madrid.

JUVENTUD

Año I.

Madrid 1.º de Octubre de 1901.

Núm. 1.

HORIZONTES NUEVOS

La educación integral, armónica de cuerpo y alma, fué, según es bien sabido, el secreto de la superioridad del pueblo griego, y constituye actualmente el poderoso instrumento de dominio y hegemonía de la raza anglosajona.

Mis viajes á Inglaterra y una excursión á los Estados Unidos, me han permitido examinar de cerca las instituciones docentes del pueblo anglosajón, y me han persuadido de que la educación física ultra-intensiva, que en dichas naciones recibe la juventud, y singularmente la clase media, constituye el factor mecánico necesario de la actividad, de la energía, del individualismo y del valor moral de ingleses y americanos.

Esa clase media, de cuyo seno han de salir los sabios, los artistas, los políticos, los industriales y los guerreros, es allí lo mejor de la raza. Lo cual procede, tanto de la educación física, cuanto de la aplicación del principio anglosajón: *cada casa una familia, y la casa en el campo*. En efecto, el niño de la clase media y adinerada criase al aire libre, en medio de las praderas y bosques que rodean el suntuoso hotel paterno, ó la sana y cómoda casita de madera, del modesto industrial; recibe á domicilio la primera enseñanza, y si los recursos de la familia no consienten el lujo de un preceptor ó de una *gouvernante* suiza, asiste á escuelas amplias, cómodas é higiénicas, situadas en el campo y rodeadas de espléndidos jardines; y cuando llegado á la adolescencia es preciso trasladarlo á la ciudad y someterlo al régimen enervante de la Universidad, los maestros y preceptores, combinan sabiamente la instrucción científica con los ejercicios físicos del gimnasio y con los deportes al aire libre. Todo lo cual sirve admirablemente los fines prácticos de la educación, templando el ánimo para las grandes empresas, infundiendo actividad y resolución, y preparando admirablemente para la acción viril y las luchas pacíficas del trabajo.

Nosotros, por el contrario, criamos hijos en las angostas, oscuras y malsanas habitaciones de populosas ciudades, les encerramos en escuelas no menos antihigiénicas, sin aire, sin jardines, sin árboles, hacinados en montón, convirtiéndoles en carne propicia á toda clase de infecciones, y paralizamos y torcemos su desarrollo físico y moral.

Y no se diga que los pueblos débiles, por compensación de su pobreza orgánica, poseen el valor, la inteligencia y el heroísmo; porque este es un

error que no resiste á la más somera observación de la realidad. En el mundo la fuerza va siempre unida á la inteligencia, el pensamiento á la acción. La robustez física produce por modo inmediato la robustez mental, en virtud de la correlación orgánica, oportuna é ingeniosamente expuesta por Iluria, entre el músculo y el cerebro, entre el vigor de las ideas y la perfección y excelencia del aparato locomotriz, entre el desarrollo y complicaciones de las neuronas motrices y el número, volumen, robustez y diferenciación de las neuronas sensitivas y sensoriales. El valor y la virtud mismos son, en la mayoría de los casos, mera consecuencia de la energía física y del equilibrio funcional. La fuerza engendra osadía, confianza en las propias iniciativas y conduce al individualismo; por el contrario, la debilidad orgánica y mental, desconfía de su poder, se reconoce pobre y desvalida, busca el apoyo del Estado y de la sociedad y, conduce, por indeclinable lógica, al funcionarismo y al parasitismo social.

Hay dos modos de educar: el modo latino y el modo sajón. Consiste el primero en esperararlo todo de la Providencia y del Estado; en considerar como cosa secundaria y casi frívola los placeres de la existencia y las realidades del mundo; en inculcar ideas en vez de hechos, y en resolver todos los problemas de la vida con el sentimiento y no con la razón.

El modo educativo sajón consiste precisamente en lo contrario. Consiste en enseñar á la juventud las realidades del mundo en que ha de vivir, mostrándole las cosas antes que las ideas, los hechos antes que las cavilaciones de la teología y de la filosofía; en vigorizar el cuerpo para robustecer y temprar el espíritu, adaptándolos estrechamente á las severas condiciones del ambiente físico y moral; formando de este modo hombres capaces de luchar victoriosamente con los pueblos caducos en el palenque de la ciencia, de la industria del comercio y de la conquista militar, y procediendo siempre como si la tierra fuera el único Paraíso prometido á la humanidad, y como si ni la Providencia ni el Estado hubieran de velar por nuestra salud y felicidad.

¿Cuál es el mejor de los citados métodos? La respuesta no es dudosa. Los educados por el sistema sajón avanzan por todas partes, ocupan y conquistan el planeta, convierten en esclavas á las demás razas cuando no las extinguen y aniquilan; los educados por el método latino ven sus filas aclararse de día en día, sus territorios pillados y arrebatados, y columbran un porvenir triste y sombrío. Porque Dios, que guía el carro de la historia, sirve exclusivamente para sus altos designios de las razas fuertes é inteligentes, y vuelve sistemáticamente la espalda á los pueblos débiles y decadentes; á los que despreciaron las leyes de la naturaleza; á los que no supieron adaptarse á las realidades del mundo, ni colaborar en la obra común de la civilización.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

ESCENAS MARROQUÍES

MANTOS Y CELOSÍAS

Ibamos una noche por las estrechas y solitarias calles de Tet-Tagüen en demanda del *Fondák de la Vasá*, donde dejaba oír su melopea un recitador de romances moriscos, acompañado de tres tocadores de *derbuga* y uno de *guenbri*, cuando nos sorprendieron gritos y voces de disputa, provenientes de la vecina encrucijada.

Mi compañero, conocedor del árabe, prestó atención y se detuvo. La disputa se oía cada vez más cerca, como si viniese á nuestro encuentro, y al fin desembocó en la calle un grupo de moros, que en sus atavíos y gentileza demostraban la principalía de su rango, y en el acaloro de la palabra y de la mimica, algo así como la grosería del insulto.

Pasaron junto á nosotros sin apartarse, moderarse ni reprimirse, que no permitía otra cosa, ni la estrechez de la callejuela, ni la estrechez de sus juicios, y siguieron adelante vivos en el andar, agitados en el decir y veloces en la interrupción, durando la algarada hasta que se perdieron, se bifurcaron y se disolvieron en el laberinto de calles de aquella ciudad mora, fundada por moros españoles.

—¿Qué se dicen?—le pregunté á mi acompañante.

—Se insultan—me respondió.

—¿Y en qué se diferencian los insultos de los moros de los de los cristianos?

—En nada. Tan en nada se diferencian, que se insultan llamándose e...

—¡¡C ...!!

—Sí.

—¿Pero es posible serlo en Tetuán?

—Como en Europa.

—¿No será una suposición?

—Puedo probar lo que le afirmo.

—Veámoslo.

—Mañana, á las diez de la noche, en una casa que se encuentra más allá de la parte derruida. No tiene pierde. Hhamido esperará.

La noche de la cita era la 27 del mes de Ramadán, aniversario de la entrega del Koran, ó de su última parte, por el arcángel San Gabriel á Mohhamed (Mahoma). En esa noche dispone Dios los asuntos del año inmediato, y decreta quiénes han de continuar viviendo. El político la llamaría «noche de la crisis», y el empleado «noche de arreglo del personal», y es para el moro *noche del destino* y la quinta y más sagrada de las siete noches benditas.

El mes de Ramadán es el mes del ayuno. Los cañonazos que suenan

en la Alcazaba á las tres de la mañana y á las siete de la tarde, abren y cierran la boca de los moros. Desde las tres á las siete se ayuna rigurosamente; desde las siete á las tres se puede comer á destajo. En el primer período Tetuán duerme, sesteá ó distrae la necesidad; en el segundo, Tetuán es bullicio y algarazara. Según A. Kocher, que ha estudiado la criminalidad en Argelia, el largo ayuno pone á los árabes en particulares condiciones psicológicas. Se vuelven irritables y agresivos. Tal vez por eso los de aquel grupo se insultaban con viveza y desenfado.

Como yo también dormía y sesteaba, porque era el mes de Junio y el calor ardiente, como de sol africano que no ayuna, no pude ver el aspecto de la ciudad ni á la hora del sueño, ni á la de la meridiana, y sólo vi antes de las doce y después de las cuatro, corros en derredor de alguna comparsa de músicos ó de algún domador de serpientes.

Pero la vista, cuando ya se iniciaba el crepúsculo y se podía mirar sin deslumbrarse en aquella población enteramente blanca, se iba tras la blancura de unos mantos y en seguimiento de unos ojos que sin exageración calderoniana, se podían llamar dos soles, dos luceros y todos los lumináres que se quiera.

Los ojos son lo único visible de las moras, que en su atavío callejero, parecen monjas carmelitas con el semblante recatado. La mora no se exhibe como las demás mujeres del mundo; se asoma. Es mujer del harén, y su manto representa la clausura. Va siempre en el harén, como el preso siempre va en prisiones.

Por lo mismo, en Tetuán no se concibe á Oteló. Oteló sólo puede ser celoso en donde Desdémona pueda

interceder por el lugarteniente de su marido. Los celos de Oteló en Tetuán parecerían suspicacia de alcaide; inquietud de avaro que todos los días cuenta su tesoro; sobresalto de los que creen en fantasmas y en aparecidos; exageración de la fantasía; casi locura ó locura de remate.

Y sin embargo, únicamente los celos fundados en la posible infidelidad de la mujer, que lleva aparejados el ridículo y la deshonra y que daña en la vanidad y en el amor, han podido traducir ó inventar esa palabra con la que se insultaban los moros de aquel grupo, palabra que es un contrasentido del harén, de los mantos y de las celosías.

Contrasentido ó no, la palabra existe, y lo importante era conocer su fundamento.

* * *

Llegó la hora y me encaminé á descifrar el enigma.

Pasé la plaza de España; crucé calles en dirección de la parte derruida; llegué á las que fueron calles del Cid, de las Navas y de Lepanto, con las que, según muy donosamente dice el general Ros de Olano en sus *Episodios militares*, hicieron nuestras tropas lo que los carlistas con unos prisioneros ingleses, «que los bautizaron muy solemnemente para luego pasarlos por las armas»; llegué más allá y vi á la puerta de una casa la figura del giboso é inteligente Hhamido Tahhtahh, un muchacho moro que hablaba con desenvoltura un español algo flamenco, porque algunas veces suelen propagar el español en Africa los asistentes andaluces, y los desertores de cualquiera de nuestros presidios de la costa; entré con sigilo en un jardín que parecía decoración de *Roberto il diavolo*, por los fantasmas

blancos que se veían entre los árboles y junto á las paredes; subí una escalera de pocos tramos, y me encontré en una habitación moruna, alumbrada con lujosos y calados faroles de Fez, adornada con ricos tapices y bordados cojines y preparada para una fiesta, como lo descubrían los *taifors* repletos de pastas y de dulces, y las baterías de botellas de manzanilla y Jeréz.

Desde aquel encantador retiro se oía la algazara del Ramadán, sobresaliendo los fuertes aldabonazos que daban en las puertas de las casas una especie de sacristanes, y el trompeteo ensordecedor que armaban los *moe-cines* en las mezquitas con los descomunales *nefir*. Aquello parecía el desenfreno de brujas, duendes y genios malos, inactivos durante todo el mes y completamente libres al llegar la quinta y más sagrada de las siete noches benditas. Pero ¡bendita noche! También se podían pasear completamente libres las mujeres, y era de suponer que los fantasmas del jardín fueran mujeres y no brujas.

Mujeres eran de las que ocultan las gracias con sus mantos y prometen é ilusionan con los ojos. Era el harén que venía á ofrecerse á la curiosidad del extranjero. Era la escena de *Roberto il diavolo*. Cayeron los mantos que cubrían á los fantasmas del jardín, y aparecieron las agraciadas moras cubiertas con ligeros bombachos, airosas chaquetillas y tenues gasas, tan tenues que le parecieron al poeta aire tejido.

También danzaron como las bailarinas de *Roberto*, y entonces, mientras en el *guenbri* se punteaba el compás y se percucía en el *derbuga* y se cantaban canciones venidas con la corte del débil Boadil, me pareció escuchar nuevamente la disputa y los

insultos de aquellos moros que nos encontramos al ir de noche al *Fondák de la Vasa*, confundiendo su algarada con los olés y palmoteos de la juelga, los aldabonazos del sacristán y el trompeteo ensordecedor que arreciaba en las torres de todas las mezquitas de *Tet-Taguen*, cuyo nombre quiere decir «abre ojo», porque cuando se edificó la ciudad frente al enemigo, un ojo que nunca dormía miraba á todas partes, y una voz que nunca callaba repetía desde la *Gubba* esa voz de alerta.



El experimento es bien sencillo. Tal vez lo explicaría el palomar que se forma con palomas de los otros palomares, encomendándose la repoblación á los palomos que se llaman ladrones. Hhamido era un palomo de esa especie.

Un cristiano no puede tener un harén en la ciudad mora; pero puede tener una jaula. Un soltero en Madrid no puede tener hogar; pero puede tener *nido*, nombre más grato y menos naturalista que aquel otro del diccionario de equitación.

A un español que hizo en Madrid la vida del gran mundo, y que se aburría en Tetuán al estar libre de sus ocupaciones oficiales, se le ocurrió instalar, adornar y dorar aquella jaula.

Un día se le presentó una paloma mensajera. «Mi señora me dice que dejes abierta la puerta de tu jaula de tal á tal hora. Vendrá. No sabe cuándo.» Y en efecto, fué una de las más apuestas xarifas del palomar del moro.

Desde entonces se recibieron avisos hasta de los más custodiados palomares.

¿Que cómo lo pudieron saber?

En Tetuán, la calle le pertenece al moro, y á la mora le corresponde la azotea, en donde sólo un día en el año, el de *áis-es-Zéquir* ó pascua pequeña, pone el moro su planta con objeto de saludar la luna del mes xasnal, agitador, ágil, diligente y bendito. Se podría decir, imitando el convencionalismo del lenguaje de la propiedad, que al moro le corresponde el suelo, y á la mora el vuelo.

La comunicación de azotea á azotea es muy fácil, y aun se puede pasar de una á otra. Allí se dilata el mundo femenino, encerrado y apri-

sionado en el harén. Allí deja de ser secreto el secreto del reservado moro y por esas alturas se fué propalando la noticia.

Y ocurrió que en la quinta y más sagrada de las siete noches benditas del mes de Ramadán, estuvieron sueltos los duendes, las brujas y los genios malos; estuvieron libres las mujeres; estuvieron los moros en oración en la mezquita grande, y estuvieron de par en par las puertas de la jaula, adonde indefectiblemente acudían las palomas.

RAFAEL SALILLAS.



LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD

La idea de la Universidad en unos pueblos, es la de una oficina de preparación mecánica á los exámenes, como condición previa para la expedición de certificados, títulos y diplomas, que es lo que se busca; no hay que decir cuáles son estos pueblos.

En otros, es la de un centro para formar hombres de ciencia, orientados en sus varias corrientes y capaces de dirigirlos en su caso (Alemania). En otros, el grado superior de los institutos consagrados á dirigir la educación total humana, concertando y equilibrando sus diversas fuerzas en el desarrollo más enérgico de la personalidad individual: este es el ideal clásico inglés.

En la inagotable variedad de tipos que ofrecen las Universidades norteamericanas, las hay de una ú otra clase, ó que combinan todas ellas en formas sumamente diversas. La audacia de aquella raza no retrocede ante los ensayos más temerarios para la rutina europea. ¿Se trata de una Universidad puramente científica? La de Worcester realiza el ideal que, hace poco, Adolfo Posada proclamaba ante la Unión Escolar para la Universidad del porvenir, y no tiene «catedráticos» que «explican» lecciones á sus discípulos, sino tan sólo compañeros que trabajan en común en laboratorios y clases de investigación personal, según los métodos de los Seminarios alemanes; en sus estatutos llama á los profesores «estudiantes más adelantados que dirigen á otros más jóvenes». ¿Queremos que la Universidad se oriente hacia las profesiones industriales? En la de San Luis hallará un extraño departamen-

to: la escuela de trabajo manual, donde se forman herreros, carpinteros, ebanistas... universitarios.

La nueva Universidad, cuyas líneas poco á poco van dibujándose en nuestro tiempo, tiende á ser, pues, microcosmos. Abraza toda clase de enseñanza; es el más elevado instituto de investigación cooperativa científica; prepara, no sólo para las diversas profesiones sociales, sino para la vida, en su infinita complejidad y riqueza. Estimula al par, con la vocación al saber y la reflexión intelectual, el desarrollo de las energías corporales, el impulso de la voluntad, las costumbres puras, la alegría del vivir, el carácter moral, los gustos sanos, el sentido práctico y discreto de la conducta.

De esta suerte dirige hacia un ideal de día en día más completo, no el adiestramiento cerrado de una minoría presumida, estrecha y gobernante, sino una educación abierta á todos los horizontes del espíritu, que llegue á todas las clases, que irradie hacia todos lados su acción vital de ennoblecimiento, de dignificación, de cultura, de goce, y que, con la extensión popular, la colonia rural y la urbana, los juegos y deportes, el periódico, el libro, la biblioteca circulante, las excursiones á la granja, al museo, á la mina, al monumento, al taller, y tantas otras vías de infiltración, ahondando en la unidad del alma nacional, difunda por todos sus ámbitos el piadoso anhelo de una sociedad y una vida cada vez más humanas.

FRANCISCO GINER.

HIERBA SANTA

(Fragmento de «Las Memorias» del Marqués de Bradomin.)

...Grandes aldabadas sonaron en el silencio de la noche. Era el mayordomo de mi madre, que venía buscándome. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué desde la ventana:

—¿Ocurre algo, Briones?

—La señora, que está enferma...

Bajé presuroso, sin cerrar la ventana, que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llegó el mayordomo, aún brillaban algunas estrellas en el cielo; cuando partimos, oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Había nueve leguas de jornada y malos caminos de herradura trasponeando monte. El mayordomo era un viejo aldeano, que llevaba capa de juncos con capucha y madreñas. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la aldea de San Clodio, acosados por el ladrillo de los perros que vigilaban en las eras, atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Traspuestas aquéllas, vi otras, y después otras. El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía; no acababan nunca. Todo el camino era así. A lo lejos, por «La Puente del Prior», desfilaba una recua ma-

drugadora, y el arriero, sentado á mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba á usanza de Castilla. El sol empezaba á dorar las cumbres de los montes; rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de praderas, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre el palomar señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y, como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios á la puerta. Salieron dos perros flacos, que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

La mujer contestó:

—¡Sin pecado concebida!

Era una pobre alma, llena de caridad. Nos vió ateridos de frío; vió las mulas bajo el cobertizo; vió el cielo encapotado, con torva amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria y humilde.

—Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen, si son caminantes!... ¡Ay! Qué tiempo, toda la siembra anega... ¡Mal año nos aguarda!

Apenas entramos, el mayordomo volvió á salir por las alforjas. Yo me acerqué al hogar, donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo y trajo un brazado de

jara verde y mojada, que empezó á dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina, golpeaba sin tregua: ¡tac! ¡tac! La voz de un viejo, que entonaba un cantar, y la rueda del molino resonaban detrás. Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro:

—Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos... Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Va á cerrarse á llover y no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde:

—Pondré una trébede al fuego si acaso les place calentar la vianda.

Puso la trébede, y el mayordomo comenzó á vaciar las alforjas; sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo, en tanto, me salí á la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia que ondulaba en las ráfagas del aire. El mayordomo se acercó respetuoso y familiar á la vez:

—Cuando á V. E. bien le parezca... ¡Dígole que tiene un rico yantar!

Entré de nuevo en la cocina y me senté cerca del fuego. No quise comer, y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas y me sirvió el vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio en uno de esos pequeños vasos de plata que nuestros abuelos mandaban labrar con los soles del Perú—¡Un vaso por cada sol!—Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salime otra vez á la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y á la mo-

linera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó á voces:—¡Padre! ¡Mi padre!...

Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y guedejas de plata; alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse á comer. Los dos perros flacos vagaban en torno. Fué un festín, donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas y temblorosas, que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probar el vino, el viejo molinero se levantó, murmurando:

—¡A la salud del buen caballero que nos lo da!... De hoy en muchos años torne á catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la molinera y el mayordomo, todos con igual ceremonia. Mientras comían yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero á dónde nos encaminábamos, y el mayordomo respondía que al Palacio de Bradomin. El molinero conocía aquel camino; pagaba un foro antiguo á la señora del Palacio; un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año anterior, como la sequia fuera tan grande, perdonaba todo el fruto; era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar, en medio del humo. Entonces bajaban la voz, y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

—Si á V. E. le parece, echaremos un pienso á las mulas y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso á barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones con un musitar de rezo:

—¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al Palacio tenga una grande alegría!... ¡Quiera Dios que se encuentre sana á la señora y con los colores de una rosa!...

Dando vueltas en torno del hogar, la molinera repetía monótonamente:

—¡Así la encuentre como una rosa en su rosál!

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo á recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta á vernos partir:

—¡Vaya muy dichoso el noble caballero!... ¡Que Nuestro Señor le acompañe!...

Cuando estuvimos á caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia, que comenzaba de nuevo, y se llegó á mí llena de misterio. Así, arrebujaada, parecía una sombra mi-

lenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de hierbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

—Cuando se halle con la señora, mi condesa, póngale, sin que ella le vea, estas hierbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruiseñores, todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco á poco ..

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió á dejar caer. Acercóse sonriendo el viejo molinero y apartó á su hija sobre un lado del camino, para dejarle paso á mi mula.

—No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de hierbas mojadas por la lluvia. Las hierbas olorosas, llenas de santidad, que curan la saudade de las almas y los males de los rebaños, que aumentan las virtudes familiares y las cosechas... ¡Ay!... ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de mi madre, en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Bradomín!...

R. DEL VALLE-INCLÁN.



¡QUÉ DULCE ES LA SIESTA!

Paseando en automóvil no ha muchos días, logré explicarme la principal causa de la aversión que por ese artefacto sienten nuestros campesinos. Entra en ella por mucho que el coche sin caballos espanta á éstos, habiendo ya provocado por tal motivo más de un vuelco, y entra también el que amenaza espanzurrar al que se descuide; mas la razón capital se encierra en esto del descuido. El automóvil les obliga á no descuidarse, á caminar ojo avizor y bien despiertos, y he aquí lo que un buen español no perdona fácilmente. Se van tan ricamente tendidos á la bartola en sus carromatos, echando su siesta carretera abajo ó arriba, soñando su itineraria vida al cuneo de la carreta y al paso perezoso de las enfiladas mulas, se van así tan ricamente, y he ahí que viene ese chisme del demonio, inventado donde no saben estar-se quietos y les obliga á ir despiertos y oído alerta á la condenada corneta. Eso es cortarle á uno la substanciosa siesta, y eso no se perdona. Hay que ver con qué ademán y qué ceño, cuando se les viene el endiablado artefacto encima, se apean á trompicones de su macho para sujetarlo del ronzal... ¡los señoritos! ¡los vagos! ¿para qué querrán ir tan de prisa si no van á parte alguna? ¡atropellar así el que pasea al que camina!

¡Cuán dulce es la siesta! ¡qué grato ir al incierto término de la terrenal jornada en el lento carro de nuestra vida, á la tarda andadura de nuestras perezosas horas, haciendo tiempo para matarlo, soñando nuestro sueño mientras desfilan los álamos de las orillas de la senda! ¡qué delicioso dejarse llevar, dejarse vivir, dejarse morir al cabo! Mas ved ¡ay! que se nos vienen otros pueblos encima, en desenfundados automóviles, tocando

furiosamente su corneta de alarma. Y no hay más remedio que sacudir el sueño, levantarse, desviarse á tiempo, caminar despiertos, que si no nos aplastan. Hay que resignarse al progreso y á no dormir más que en casa, á sus horas, y con cuenta y razón.

Aquel baturro del cuento que yendo por la vía férrea en su burro exclamó al oír silbar al tren: «*chuffa, chuffa, que como no te apartes tú...*» es símbolo de buena parte de nuestro pueblo. «*Chuffa, chuffa*» dicen con sorna al progreso nuestros baturros.

¡Qué dulce es la siesta! ¡Pero y si vuelca el carro y nos coge debajo?

¡Interrumpirle la siesta á un español! Vamos al paso de andadura de nuestras viejas y matalonas ideas, y he ahí que nos sale al camino un mozo con ideas desenfundadas, de máquina moderna, devoradoras del camino de la vida, y nos obliga á pararnos y á fijarnos y á pensar. ¡Obligarle á pensar! No hagáis, por Dios, esta ofensa á un buen soñador de la vida. Poneos al paso de los caminantes y habladles de lo que es de costumbre, del tiempo, de la cosecha, de los malos gobiernos, de lo perra que es la vida y arrullad así su siesta; pero ¡hacerles pensar! ¿Quién es este tío y con qué derecho pretende que me fije en lo que me cuenta?

Para terminar: No hay más que dos clases de españoles; los que sessean y los que velan, los que van tendidos á la bartola sobre el carromato de sus viejas y cachazudas ideas, ideas con antojeras, y los que á pie y ojo alerta las llevan del ronzal, atento el oído á la corneta de los automóviles.

¡Qué dulce es la siesta! ¡Pero y si vuelca el carro y nos coge debajo?

MIGUEL DE UNAMUNO.

EVA FUTURA

Parece preocupar actualmente á nuestros intelectuales el hallazgo de la Eva ideal.

Siempre que ve ú oye uno remover el asunto, viénese á la imaginación aquel cuentecillo de Cervantes, en que una bella y discretísima dama, contestando á los cargos que unos cuantos gentileshombres le hacían reprochándole haber escogido para marido á un bruto, decía graciosamente que para lo que ella le quería, tanta filosofía acreditaba y más que Aristóteles.

Aquella mujer sabía vivir; se anticipaba á Schopenhauer y á Delboeuf.

Si el afortunado varón, además de lo que la dama había visto en él—de donde vino el enamoramiento—llega á ser metafísico y otras cosas sutiles, hubiera realizado el tipo de marido ideal, gustando, no sólo á su futura, sino á aquellos que la rodeaban.

Tener ó hacer una cosa que guste universalmente; he ahí el gran problema.

Porque—y la comparación tiene más fuerza aún en estos tiempos de socialización universal á lo Stein—en lo que se refiere á la mujer hemos venido á ser tan desdichados, que para que la propia sea ideal, lo de menos es que nos guste á nosotros; ha de agradar también á los demás.

Hasta el presente, los españoles se dieron por satisfechos con el modelo que nuestros abuelos nos dejaron, un poco empeorado; la administradora honrada, sucia, buena, humilde, casera; una especie de animal domés-

tico sin inteligencia ni corazón á no ser para los hijos. Un tipo, en suma, tal como sólo el egoísmo ingenuo y francote del varón, podía apetecerlo. Hablar á esta pobre mujer de amor, de pasión, de ideales altos, hubiera sido una broma pesada, y el marido buscaba en general fuera de casa con quien departir acerca de esas cosas. Aun hoy, el ideal de la mujer en muchas familias, es una tonta gruñona, buenaza, enemiga del agua, apagada de sexo, económica y que sepa hacérselo todo en casa, aunque resulte peor y más caro que fuera.

El mal está en que el hombre actual necesita amor, algo que le endulce la vida tras la brega diaria, agotadora; corriendo el peligro de encontrarse al tratar de hallarlo con la Venus parisién—á quien la Naturaleza ha reservado, al decir de Verdes, el papel de destruir las razas decadentes—ó dentro ya del matrimonio con la mujer ideal de Praga, una lóca moral y social; con anormales como Hedda Gabler, altiva, caprichosa, inadaptable, desequilibrada, con alma de niño; ó con la serie de débiles é ineducadas, sin *control*, inútiles para la vida, que nuestra sociedad presenta en tal abundancia.

Sin duda en nuestro país el concepto del amor dentro del matrimonio resulta inconcebible, desde el momento que al encontrarse solicitados por su interés personal que les pide mujer bella de espíritu y de cuerpo, y su interés de maridos, para el cual constituye una intranquilidad

la segunda de estas bellezas, muchos resuelven la cuestión tomando por mujer una que reuna las dos, dándose prisa por deformarla y arruinarla físicamente cuanto antes.

La edad épica y aun la dramática, pasaron ya para los matrimonios: habiendo entrado la mayoría en una era económica, no siempre muy moral é ingratísima de ordinario. Ulises, Arturo, Otelo, Enrique IV, han dejado paso franco á Malthus, Spencer, Schäffle, etc., y la pasión que enlazaba las almas, la ley mística de amor, que reúne dos seres predestinados para que se cumplan el principio y objeto eternos de toda creación (Sienkiewicz), á la continua repulsión, al odio feroz y perpetuo de dos voluntades exasperadas por un sexo, según alguien ha dicho.

Es triste.

¿Remediarían tal estado de cosas las reinas de Ruskin, las sencillas mujeres apasionadas, nobles y dignas, reinas adorables que discurren por su jardín avanzando los pies desnudos, esculturales, sobre la alfombra de margaritas enrojecidas con su sangre?

Difícult que en España la mujer ideal de Ruskin pudiera aclimatarse; y sin embargo, ¿qué diferencia entre ella y la que generalmente se nos da; deformada, deficientísima de educación, anodina, pequeña de espíritu. Nuestras mujeres sirven escasamente para madres. Claro que hay excepciones.

Hubiérais paseado una mirada por la Exposición de pinturas. ¿Qué dejaron ellas allí? Nada, ó poco menos; flores, frutas, bodegones; la nota de empuje se debió á una rusa; Vera Schévitch, dos retratos bellísimos, uno de ellos sobre todo, que impresionaba con la melancolía de las es-

tirpes caídas, de la belleza combatida; aquella mujer de piel marchita y ahilado cuerpo como prisión dolorosa de un alma dulce, atormentada, hacía soñar.

Obedeciendo á la educación que se les da, esfuérzanse las hijas de familia españolas, en copiar un tipo femenino inferior, que pierde todo su encanto y deja de interesar á la semana de tratado. Muere entonces el amor, flor del mundo, y deja en su lugar una afección de viejos y apáticos, mezcla de costumbres y de conveniencia mutua limitándose toda su actividad el matrimonio, como el pintado por *Clarín* en *Su único hijo*, á vivir mal que bien, y á hacer hijos.

Trigo ha puesto recientemente de relieve en *Ingenuas*, tipos de éstos, que contrastan notablemente con la protagonista, una *ingenua*, especie que tal vez no tenga la importancia ni la extensión que él le concede, y á la que define como un término medio entre la Venus parisien y la española tradicional con amor hipócrita y falso; una dadora de amor impetuoso, noble, encarnación de un matiz especial resultante en el alma hispana de la lucha entre el elemento tradicional y el espíritu moderno. De todos modos, en su novela—que tiene de todo, predominando las bellezas y una gran finura de observación, separándose de los rancios moldes, aunque antes que él lo habían hecho ya Galdós, Alas, Valdés, Pardo Bazán, en algunas de sus obras—la *ingenua*, que resulta mujer ideal para tenida fuera del matrimonio y satisfacer á un escritor de la altívez moral é intelectual de Trigo, no se hace muy recomendable para dentro de él, no obstante ser su amor, en vez de disolvente como el de la Venus parisien, tonificador, integrado como

está por el autor, con la fusión del ideal clásico y del cristiano; amor eminentemente sociable que representa un progreso sobre el hipócrita y limitado de antaño; una característica del cambio sufrido, según Trigo, por nuestra conciencia social en el pasado siglo.

Sólo la base forzada de un amor positivo, ni vano como el de la literatura decadente, ni exclusivamente sexual como el primitivo zolesco, pueden hasta cierto punto justificar, que la ingenua quiera espontáneamente, y se entregue á un casado, no por sexual, sino por ingenua.

De todos modos, aunque supone un progreso sobre la nuestra, fáltale mucho para ser la mujer ideal, como tampoco lo son, la trabajadora, deformada, masculina casi, ni la muy intelectual, que resulta generalmente insufrible, ni el tipo de mujer nueva, que en nuestro país al menos, no da con frecuencia sino mezquinos ejemplares pálidos, descuidados de indumentaria y hundidos de pecho de un artificio que desconcierta y choca. No interesan para el amor.

Lo único que interesa siempre, y en cualquier orden de cosas, es la

vida conocida por propia experiencia ó por la del prójimo.

La eutritmia, la belleza espiritual y física habia de darnos el tipo ideal en la mujer cuando educada ésta en la vida supiere hacerla agradable, llevando nuestra atención de una á otra parte y revelándose siempre á una altura superior. El sentimiento de la vida es el único que puede unir las voluntades que se repelen hoy por causa de una especialización de funciones.

El hombre culto, superior, tiene que mirar con desdén ú odiar á la mujer inferior, pequeña de espíritu, ininteligente; rémora ó lastre para él.

Y la mujer por su parte mirará cada vez con menos simpatía á un orgulloso — cuando no un tirano — que aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para humillarla, tratándola desdenosamente desde lo alto de su torre dorada, y en el cual tampoco hallará interés, pues ni el talento y erudición, ni otras prerrogativas de la masculina raza, satisfarán jamás á la mujer como un poco del sentimiento de la vida que ella perpetúa y conserva.

J. M. LLANAS AGUILANIEDO.



CONTRA LA RUTINA

Cuando un individuo ó un pueblo son rutinarios, puede asegurarse que son ignorantes. La rutina es la carencia de ideas; no hacen otra cosa, porque no saben; el rutinario es como un fonógrafo, da una sola tocata.

En España hace muchos años se escuchan las mismas consideraciones y lamentos; la eterna tocata; dicese y se hace lo mismo, porque no hay asimilación de ideas nuevas; un cerebro pobre de ideas, pensará y obrará siempre de la misma manera, aunque no quiera.

Todo el progreso es debido á los hombres, que con su observación y su estudio han ido adquiriendo ideas y transformándolas en cosas: el agricultor, que modifica ó inventa un nuevo método de cultivo; los ingenieros, que construyen máquinas, son ideas de cerebros estudiosos ó naturalmente activos, que han ido convirtiéndolas en cosas.

Hoy, en España se aconseja, con razón, enviar jóvenes al extranjero á fin de que se instruyan, esto es, asimilen ideas, métodos que puedan implantar al volver á su patria. Creemos esto justísimo; actualmente, un español se educa mucho más difícilmente que un alemán, pues prescindiendo de la enseñanza que éste recibe en las escuelas, el solo hecho de vivir en Alemania le pone en relación con gran número de cosas, las cuales representan otras tantas ideas que su cerebro asimila y coordina, para, á su tiempo, convertir ó modificar esas mismas ideas que asimiló, en otras nuevas.

Entre nosotros, por el contrario, resulta mucho más difícil adquirir ideas, predominando opuestas condiciones á las que se dan en aquel país. No es posible poner en duda que las ideas son fuerza, y tendremos una prueba de ello, sin más que comparar el número de analfabetos existentes en una y otra nación. Hay provincia del Imperio alemán (Frankfort) que tiene un solo analfabeto por cada 5.000 in-

dividuos; en tanto en España, las hay que cuentan 70, y á veces más, por cada cien habitantes. El poder de uno y otro pueblo resulta paralelo á su grado de instrucción. No poseo datos para hacer un estudio comparativo; pero no creo equivocarme afirmando que el poderío de una nación está en razón directa de su presupuesto de Instrucción pública; la misma ciencia que enseña á construir máquinas agrícolas, enseña á construir las de guerra.

¿Cómo acabar con la rutina? Creando buenas escuelas y talleres, museos y laboratorios, donde se nutran de ideas los cerebros, adquiridas con método y por la observación directa. Hay que despertar las inteligencias llevando á ellas la vida de la idea que transforma los campos y talleres, donde reside, en último término, la riqueza de los pueblos. No se olvide que las naciones de más ideas son, á su vez, las más poderosas; que la que tiene mejores maestros, es la que cuenta con mayor número de cañones; de donde se deduce, que para disponer de ejércitos y marinas poderosas, hay que tener previamente una crecida suma de educadores.

En España el presupuesto de Instrucción es ridículamente mezquino, y para mayor vergüenza, según tengo entendido, los ingresos no sólo cubren los gastos, sino que dejan un beneficio al Estado. Hasta tal punto llega la fuerza de la rutina en nuestro país, que ésta domina por igual á la agricultura y á la política.

Se sabe que el pueblo padece hambre de cuerpo y de espíritu, y no serán capaces de dotar bien las Universidades ni de transformar el impuesto de Consumos, que sólo sirve para aumentar el hambre y originar conflictos.

El presupuesto de Instrucción debía de ser de 100 millones, y abolidos los derechos de Consumos; pero no se llegará á esto, es mucha la fuerza de la rutina.

ENRIQUE F. LLURIA.

CIUDAD SIN ALMA ⁽¹⁾

Yécora es un pueblo terrible. No es de esos negros pueblos españoles montones de casas viejísimas, roñosas, amarillentas, derrengadas, con aleros enormes sostenidos por monstruosos canecillos labrados, de calles estrechas y tortuosas como oscuras galerías, de plazas solitarias en donde crece la hierba.

No hay en Yécora la vieja torre gótica de la iglesia en donde hicieron, hace muchos años, su nido de ramas las cigüeñas, ni el noble castillo, ni el derruido murallón con su puente levadizo, ni la casa solariega de piedra sillar, con su gran escudo desgastado por el tiempo.

No hay allá los viejos retablos de los grandes y concienzudos maestros del Renacimiento, que miraran con éxtasis los ojos llenos de cándida fe de los antepasados, ni las puertas ferradas y claveteadas con clavos espléndidos y ricos, ni las rejas tomadas de orín, con sus barrotes retorcidos como columnas salomónicas, y adornadas en los remates con cruces y rosas de erizadas láminas de hierro, ni las aldabas con grifos y dragones, ni las ventanas divididas por arosos portaluces, ni el paseo tranquilo en donde toman el sol los soñolientos hidalgos.

Allí es todo nuevo en la forma, todo viejo en el espíritu. En las iglesias grandes y frías no hay un buen cuadro, ni un buen altar; todas están adornadas con imágenes de pacotilla traídas de alguna fábrica alemana ó francesa.

Las casas son de un color blanco, agrio, doloroso.

Se respira en la ciudad un ambiente hostil á todo lo que sea expansión, elevación de espíritu, simpatía humana.

El Arte, asustado, ha huído de Yécora. Le ha dejado en medio de su vega, que rodean montes desnudos, al pie de una peña calcinada por el sol, sufriendo las inclemencias de un sol africano que vierte torrentes de luz sobre las casas enjalbégadas, grandiosas y frías; sobre sus calles rectas y sus caminos polvorientos; le ha dejado abandonado á una austeridad formalista, fósil, seca; entregado á un mundo de pequeños caciques, de fetichistas, de leguleyos, de litigantes, de usureros, gente toda mezquina, de vicios sordidos y miserables.

La vida allí es sombría, tétrica, repulsiva. No se siente la alegría de vivir; en cambio se sienten las sordideces de la vida.

No se nota en ninguna parte ni la preocupación por la comodidad, ni la preocupación por el adorno. La gente no sonríe, y cuando mira, parece que insulta.

No se ven por las calles muchachas adornadas con flores en la cabeza, ni de noche los mozos pelando la pava con sus novias. El hombre se empareja con la mujer en la obscuridad siniestra; medroso, como si el sexo fuese una vergüenza ó un crimen, y la mujer, indiferente, sin deseo de agradar, recibe al hombre sobre su cuerpo y engendra hijos sin amor y sin placer, pensando en las penas terribles que en otra vida le esperan, legando al germen que brota el mismo temor, el horror por las mismas cosas.

Todo allí en Yécora es claro, recordado, sin matiz ni delicadeza.

Hasta los santos de las hornacinas que se ven encima de los portales, están pintados hace pocos años...

PÍO BAROJA.

(1) Del libro en prensa, *Camino de Perfección*.

EL MODERNISMO Y LA ROPA VIEJA

Vuelvo, y todo está lo mismo. Es decir, á mi todo me parece más feo y más pobre y más triste que hace pocos años. Pero acostumbrado á restar lo que hay de ilusión en las observaciones más exactas, me pongo en el justo medio. Sí, todo está igual: tan feo, tan pobre y tan triste. De nuevo nada. Ah, sí, circulan tranvías de trole y se habla de *modernismo*. En lo del trole reconozco á mi patria; ya que los cables aéreos están mandados recoger en todas partes, los adoptamos acá, y tan satisfechos. Ropa á medio uso. Jamás nos pondremos prenda que ya no hayan desechado los demás por otra mejor ó más nueva.

Novedades á nosotros. ¡horror! Lo aceptaremos todo sin distinción y sin discernimiento, á la sola condición de que ya no sea nuevo. En el fondo todos tenemos encargada la *toilette* á París; pero nos la traen en carreta y tarda lo suficiente para haber perdido la moda y el horrible sello de novedad.

El que no se aviene al reposado andar de la tortuga nacional, está divertido. En política le llamarán visionario, en el terreno social desmoralizador, en arte modernista.

Modernista. La palabreja es deliciosa. Representa sencillamente el último gruñido de la rutina contra los pobres y desmedrados innovadores. De modo, que aquí no hay nada

moderno, pero hay *modernismo*. Y por *modernismo* se entiende... todo lo que no se entiende. Toda la evolución artística que de diez años y aun más á esta parte ha realizado Europa, y de la cual empezamos á tener vagamente noticia. Es decir, que ya viene la ropa, pero los señores la encuentran aún demasiado nueva. De ahí la algarabía y ladridos con que se la recibe. Todos; el mismo Eusebio Blasco, quizás nuestro primer periodista, trinaba indignado el otro día contra un pobre diablo que, queriendo á su vez solfear á los modernistas, escribía versos un tanto dislocados. Blasco quería morir (sic) al ver tan en olvido los sagrados cánones de Hermosilla... Pero esta indignación de Blasco, á tanto la línea, no vale nada al lado de la sonrisa protectora que dedicó al *modernismo* el Sr. Cavia; quizás nuestro primer periodista. Este aconsejaba, en fin, que se dejara en paz á los novadores, y después de abandonar el asunto sin poner nada en claro, sonreía como diciendo: ¡Yo estoy en el secreto! — ¡Hombre, no! — Con usted se puede hablar. Hablemos. Que los dejen en paz, muy bien. A los buenos y á los malos. A los buenos, porque trabajan seriamente; y á los malos, porque nunca valió la pena de ocuparse de ellos... Pero lo del secreto, es otra cosa. Porque hay miles de secretos. Y yo creo que usted está en todos,

pero la gente no. Y era cosa de haber dicho algo que terminase el asunto; el cual, de puro idiota, merece ser barrido.

Aquí se complica bajo el dictorio de *modernismo*, una porción de tendencias, de escuelas, de sistemas y modos de ver artísticos que han tenido en Europa completo desarrollo y producido sus frutos. Y París, donde no hay prevención contra la ropa nueva, los admitió y los quiso á todos. La gran ciudad, donde los príncipes pasan después de los artistas, los escuchó, los amó y se los apropió, hundiéndolo á los malos, ensalzando á los buenos con pleno discernimiento y voluntad propia y con miras amplias. Mallarmé con los simbolistas, haciendo del misterio el secreto del arte. Leconte y la pléyade, que por el contrario, quieren la poesía de luz griega, serena y clara. Poesía esculpida en mármol. Heredia, orfebre de versos, autor ausente de la obra, sin más ideal que la forma...

La novísima escuela estética que funda la moral en lo bello. Los llamados decadentes. Los pintores de impresión, como Manet. Los filósofos del color; Puvís de Chavannes, el gran maestro con su pintura del alma. Y el que tuvo lo bueno de todos y lo suyo, Verlaine inimitable. Y tantos otros, con tantos otros matices, porque el matiz es la característica de nuestro mundo artístico. Mil más... Claro que no vamos á explicar un curso de literatura contemporánea á esa gente que ladra, y á quien había que enseñar primero á leer y luego á enterarse. Por lo demás, ya ellos se han librado de tales trabajos, inventando su palabreja elástica de *modernismo*. Cuando han dicho *modernismo* lo han dicho todo, y mientras usted continúe en el secreto, lo

seguirán diciendo. «Modernismo» es el nombre del gazpacho mental de que están indigestos los más aprovechaditos, y que para la inmensa mayoría se forma entre los carteles del Champagne Codorníu, los versos *littéraux* y los *couplets* del Salón Rouge.

Pero, en fin, ya que la misma Academia, Compañía Arrendataria de la lengua ha declarado en franquicia el desdichado mote, mientras particularmente se dedican los santones al *boyceotage* de las ideas nuevas y de sus expresiones propias, ¿no le parece á usted, con usted sigo hablando, señor Cavia, que debíamos romper el secreto, siquiera porque no sigan esas discusiones en las que nadie lleva razón ni sabe de lo que habla? Mire, señor: que sólo en este país se da el caso de no querer saber las cosas para poder combatir las y que estamos haciendo un tristísimo papel, ahora mismo usted sonriendo, y yo lamentándome á propósito de cosas que en ninguna parte han ofrecido jamás la menor duda.

Pocos son, entre tanto aullido, los cargos dirigidos á los novadores. Se les acusa, en primer lugar, de ir á procurarse en el extranjero las fuentes de inspiración.

En segundo, de aprovechar, so pretexto de novedad, los elementos de la antigüedad clásicos y medievales.

Se protesta, finalmente, en nombre de nuestros santones literarios del olvido ingrato y menosprecio en que los jóvenes los tienen.

No; pero vengan ustedes acá, los antiexotas; ¿cuándo han visto ustedes llover del cielo las ideas? Claro está que cuando una Nación pierde su preponderancia, son las demás las que influyen sobre ella, y fuerza es, pues de alguna parte han de venir, que vengan de fuera los adelan-

tos. De esto se consuelan los buenos con haberse enterado á tiempo de que el arte es cosa universal ó si queréis individual, que al cabo es la mejor forma de universalidad; viendo que todos los emporios artísticos, Atenas, Roma, París, tienen carácter cosmopolita; sabiendo que hoy mismo en Francia corren al par de los nacionales estimados nombres tan exóticos y distantes por su procedencia como D'Annunzio y Wilde, Ibsen, Tolstoi, Sudermann, y que ninguno de ellos es extranjero en París.

Por lo demás, el espíritu manchego y ropavejero de que os enorgulleceis, no os impide seguir la evolución general, siquiera sea á la cola y en clase de impedimenta. Cuando habláis en nombre de la tradición nacional, tenéis más cara de bobos que nunca. El que más alta pone la genealogía, se remonta á Moratín; el que presume de más castizo, se conforma con la Academia. Pero Moratín era ya un influido del neoclasicismo francés, un imitador de Molière y de Racine, un intelectual de su tiempo que se puso la ropa nueva de entonces en contra de los tradicionales Comellas y Crispín de Andorra. Fué un afrancesado, un influido. De él venís vosotros con vuestra Academia y todo.

El renacimiento romántico produjo aquí también sus frutos. Nuestros Víctor Hugos, Byrons y Mussets, fueron grandes hombres. Aquella época de libertad y desenfado hizo callar un poco al espíritu manchego, y nos vestimos á la moda sin gran repugnancia. Pero de fuera nos vino también la ropa.

Y esa misma generación que se queja del olvido de los jóvenes, esa generación, quizás la más estéril, vacía é insípida de todos los tiempos,

¿fué acaso menos influida que las anteriores? Estos viejos de hoy, á quienes nos hemos saltado por inútiles y rémoras, entre los cuales no hay siquiera un maestro amable, escépticos sin ideas, odiosos pedantes al revés, que alardean de no saber nada porque nada aprendieron y nada enseñan, inventores de comodines y recetas caseras para medrar y durar. Esos, ¿no visten también á la moda francesa del año 70? ¿No está la filiación de Echegaray entre Dumas hijo y Sardou, con sus eternos problemas de adulterio á lo romántico? Y Sellés, el eco borroso y turbio de Echegaray, ¿no lo ha seguido hasta en sus cambios más desventurados, haciendo al fin dramas sociales con moraleja, cuando el otro se creyó en el deber de adelantar? ¿No nos sirve la doña Emilia Pardo sus gazpachos de Goncourt, Zola y Daudet, todo en una pieza? ¿Los cuentistas no van por su enesimo golpe á Maupassant? El otro, ¿no copia á Dickens, y este Blasco mismo, que habló de los sagrados cánones, ¿ha pasado de fusilar comedias francesas de medio pelo? Los poetas, Núñez de Arce, del cual no se puede decir nada porque nada es él mismo; Ferrari, un eco de Núñez en el fonógrafo; Balart, una indigestión de Taine... Bah, dígaless ustedes que no presuman de castizos, amigo Cavia. El que más y el que menos tiene hoy á Zola y al naturalismo por la última palabra del Arte. Lo han tragado por fin, ahora que ya lo devuelven en la misma Francia. Oh, espíritu manchego, enemigo de la novedad, tú pasarás por todo lo nuevo... cuando ya esté viejo é insertible.

No; basta. En vuestro nombre no se puede vituperar nada. La generación anterior á la nuestra, tuvo sus

glorias. Zorrilla, fué gran poeta.

La nuestra no cuenta quizás aún con una verdadera y completa figura. Rusiñol, Benavente, Darío, Unamuno y otros más que son muy jóvenes, trabajan con fruto. Cada uno de ellos vale mucho, pero no pretenden hacerse canonizar. Para ser superiores les basta con pasar sin veros, gentes de hoy, y con despreciarlos.

Pero los otros, la mayoría, es vuestra, y os asegura la razón por sufragios. Porque la mayoría gusta del paso tardo y descansado, por el cual dentro de veinte años tragará todo lo que hoy se le resiste, girará en torno de los soles á quienes hoy ladra,

erigirá en dogma los axiomas artísticos que hoy les parecen disparates... y que probablemente lo serán entonces; se pondrá, en fin, la ropa nueva de hace diez años y venerará á sus académicos *liliales* y *decadentes*. Por fortuna, habrá entonces también nuevos *modernistas* á quienes se ladrará en nombre de los de hoy, con el espíritu manchego. Y los que estén en el secreto seguirán sonriendo... Porque al cabo tiene razón la Academia.

«Modernismo es el amor de lo nuevo, con menosprecio de lo antiguo». Sólo que la Academia os hace el honor de llamaros antiguos, cuando en realidad no estáis más que usados.

MANUEL MACHADO.



LA LEYENDA ANDALUZA (1)

Comienza el siglo xx, y Andalucía es, no ya para los extranjeros, que aun los de más talento desvarían al tratar de las cosas de España, sino para gran parte de los españoles, una región poco menos que ignorada. Afirmino esto, porque el concepto que de Andalucía se tiene, es generalmente fabuloso y quimérico, una leyenda atiborrada de falsos colorismos y de sentimentalismos hueros.

Los vates que en esta tierra se producen por generación espontánea y á centenares como los grillos, son los que más han contribuido al adorno y embellecimiento de la leyenda. Escuchad sus lirios. El suelo andaluz es un vergel, algo así como una sucursal del Paraíso. El aire es más puro y perfumado que en parte alguna; el cielo más azul y diáfano; sus lumináres más brillantes. Ríos que son sierpes de plata murmuran entre limoneros y naranjos de eterno verdor. Los ruisenores cantan á todas horas; la alondra remonta el vuelo; todo sonríe, todo brilla, la Naturaleza se emborracha en una loca orgía de luces, aromas y sonidos... ¿Qué tal? Muy bonito; pero tan bonito como falso.

Continuemos. Dejemos lo rústico y entremos en lo urbano. La ciudad es bella porque es árabe; pueblo moruno de calles oscuras y tortuosas; grandes caserones de paredes enjalbegadas, con espaciosos patios de mármol, donde el consabido surtidor deja oír canturía de su hilo de cristal. Las azoteas son jardines que harían agostarse de envidia, si existiesen, á los babilónicos pensiles. Las rejías que protegen los morunos edificios son encajes de hierro, filigranas del arte de Vulcano; enredaderas mil hacen de cada uno de estos férreos prodigios un cuadro de florido verdor; la luna baña siempre todo esto

en su tenue y poética claridad, y en el misterioso silencio de la noche vibran como quejidos los acordes de una guitarra.

Conocido el decorado, veamos los actores. Las mujeres son siempre bellísimas. Los ojos azabache; ala de cuervo el color del cabello; coral los labios; perlas la dentadura; el pie breve y arqueado; sutil la cintura; el andar gracioso y elegante. Estas privilegiadas hembras se peinan de un modo primoroso, y llevan con singular donaire el clásico mantón de Manila. Su gracejo é ingenio en el hablar, inenarrables. En el amor, son árabes de pura raza; fieles hasta la muerte; celosas hasta el crimen. Así son ellas.

Véase cómo son ellos. El galán ha de ser por fuerza flamenco ó afluencado. Tipo moreno y aguileño. Muy buen mozo. Viste de corto. Se canta con sentimiento por todo lo hondo; rasguea una guitarra como el primero; á aguantar manzanilla no hay quien le aventaje, y en echando mano á la navaja se queda solo.

Aquellas mozas y estos garzones, tienen, como es lógico; ternísimos amores, con el correspondiente cortejo de dudas, celos, desengaños, penas y alegrías; todo lo cual da pie para un nutrido tiroteo de coplas flamencas, si es que se encuentran en una juerga, ó á un poético y delicado coloquio, si la entrevista se efectúa á través de la florida y primorosa reja antes descrita.

Los pintores—y eso que aquí los hay de primer orden — también han ayudado á la buena obra, y no me refiero ya á las panderetas y azulejos, mediante los cuales la chula, la Giralda y la Torre del Oro, son nuestros representantes en tierras extranjeras, sino á obras de artistas apreciables que, dejándose llevar del gusto imperante ó del afán del lucro, han

(1) Del libro en preparación del mismo título.

escogido como asunto para sus cuadros las mismas falsas y afectadas escenas que sirven de tema á la poesía.

Es, pues, la región andaluza, para los que no la conocen más que por la leyenda que han forjado los poetas é ilustrado los pintores, una tierra quimérica, llena de encantos, rica y felicísima, poblada por diosas de mantón de Manila y mozos de calañés y chaqueta corta.

Andalucía, preciso es decirlo, está por descubrir. Sus escritores no sólo no observan la vida, sino que desfiguran la realidad con un colorismo tan deslumbrante como mentiroso y vacío. La mentira para que sea bella ha de parecerse á la verdad. De no ser así, la obra de arte resulta superficial y efímera. Esta es, entre otras, una de las razones que explica el por qué apenas si hay en esta región novelistas y autores dramáticos de empuje. En cambio, pululan los poetas, simples rimadores de palabras, cuyas obras carecen de medula y substancia.

Hay que descubrir la Andalucía verdad. Que la obra es necesaria y benéfica, no cabe dudarlo; véase si no el efecto producido por los artículos de Carlos del Río sobre el socialismo en los campos.

El vergel andaluz, las serpientes de plata, el ruiseñor canoro, todo se ha desvanecido ante un soplo de la realidad. Millares de hombres bajo un sol de justicia y en una atmósfera de fuego, trabajan brutalmente ganando apenas el pan necesario para sustentar sus familias. El esclavo quiere manumitirse y reclama su parte en el manoseado banquete de la vida. El amo ciérrase á la banda y mantiene su señorío amparado por la ley y por la fuerza pública, los dos pilares en que se apoya la riqueza. He aquí un trozo real de la Andalucía verdadera, de la que trabaja, espera y sufre.

Destruyamos la leyenda que nos deshonra. Pintemos á la mujer tal y como es, más bien fea que bonita, graciosa, con desparpajo de pilluelo de calle, nada poética, ignorante y fanática, y, no obstante, poseedora de hermosas virtudes.

Los hombres, vulgares y groseros, sin ingenio, sin gracia ni educación, amigos de zambros y toros, y, con todo, sobrios y muy aptos para artes y oficios. El clima, brutal en el verano. El campo yermo, despoblado y monótono, sin árboles ni casas é inculto en su mayor parte. La ciudad tortuosa, fea, mal oliente y malsana. La reja sin flores ni calados, y el poético coloquio, vulgar conversación de novios, á los que muchas veces acontece lo que á Pablillos en *El Gran Tacaño*, que se van al infierno tan sólo por el tacto.

Andalucía no debe seguir siendo el país de un abanico valenciano, tierra de chulos y manolas, de procesiones y toros, manzanilla y guitarra.

Nuestro suelo es fecundo; nuestra raza prolífica como ninguna; unid los brazos inactivos á la tierra inculta, y veréis surgir como por obra de magia la Andalucía de mañana, rica, alegre, exuberante de vigor y de vida.

Y entre tanto el milagro no se realiza, los hombres de buena voluntad hagamos cuanto nos sea posible por destruir la bárbara leyenda que hace de nosotros un pueblo pintoresco y retrasado, uno de esos pueblos semisalvajes á los que acuden los extranjeros, ya por curiosidad, ó bien con objeto de estudiar costumbres primitivas y exóticas desaparecidas mucho tiempo ha en el mundo civilizado.

JUAN HECTOR.

Sevilla 1901.



SECCIÓN CIENTÍFICA

Una de las grandes señales del despertar de España es la mayor atención que de poco tiempo á esta parte se viene concediendo á las cuestiones científicas, en general bastante olvidadas por las filosóficas y literarias. JUVENTUD se hace, pues, un deber de abrir una Sección Científica, y cree cumplirlo dignamente inaugurándola con el siguiente trabajo del sabio Catedrático de la Central D. Salvador Calderón.

LA BOTÁNICA FÓSIL

El estudio de los vegetales que vivieron en las épocas geológicas anteriores á la nuestra, no cuenta con el gran número de cultivadores que el de las plantas actuales, lo cual se comprende por la mayor dificultad del primero, que exige conocimientos tanto botánicos como geológicos, y por la escasez de materiales que cuesta trabajo reunir y no están tan á la mano como los de la flora que por todas partes nos rodea. No es posible desconocer, sin embargo, que en ciertos respectos el estudio de las plantas extinguidas supera en importancia al de las actuales, y así lo declaran las grandes autoridades de la botánica.

Lo que hay, desgraciadamente, es que los documentos paleontológicos son incompletos, y esto, sobre dificultar el estudio de los grupos de seres que vivieron en otras épocas, impide llegar á consecuencias rigurosas sobre su significación morfológica y papel que han desempeñado en el desarrollo gradual de la vida. Así, si fuera dable seguir una familia de plantas desde su aparición hasta nuestros días, con las modificaciones sucesivas de sus órganos y tejidos, tendríamos una idea precisa de lo que es la evolución, cuyo concepto sólo como una abstracción poseemos. Grupos se conocen que tuvieron su origen en las épocas más antiguas y que todavía subsisten, claro está que representados por especies diferentes de aquéllas, pero, aun en estos, carece-

mos de representantes conocidos en muchos y largos períodos intermedios, lo que impide seguir paso á paso sus transformaciones.

No se crea que el estado en que se encuentran aquellos restos venerables de las primitivas floras sea demasiado borroso é imperfecto para poder estudiarlas suficientemente; al contrario, sus impresiones se conservan no pocas veces fosilizadas por la sílice ó los carbonatos de cal ó de hierro, con la misma exactitud que los ejemplares de los herbarios, pudiendo reconocerse la estructura anatómica de aquéllos tallándolos en delgadas láminas y examinando éstas en el campo del microscopio. La comparación de sus tejidos con los de los vegetales vivientes prueba las relaciones íntimas de unos y otros, y permite inferir las funciones que los órganos de aquéllos desempeñaron.

Como prueba de la precisión á que han llegado algunas ramas de la botánica fósil y de las aplicaciones de que es susceptible, puede citarse el hecho de que una de las mejores guías para buscar el carbón de piedra está en la clasificación de las plantas fósiles que se hallan en las capas que se exploran.

Las formas vegetales microscópicas marinas y de agua dulce han legado inmenso caudal de datos sobre las floras de otras épocas, particularmente en el bellissimo grupo de las diatomáceas, que son unas algas pequeñas provistas de un caparazón

silíceo de las conformaciones más variadas que es posible imaginar y adornado de puntos, rayas y dibujos que forman peregrinas combinaciones.

Siguiendo al gran maestro de la ciencia á que nos referimos, Renault, escogeremos un tipo común, que será el de los lepidodendros, de la familia de las licopodiáceas, llamadas vulgarmente colas de caballo, para dar una idea de los resultados precisos que es capaz de suministrar el estudio de las plantas fósiles.

Eran los lepidodendros árboles que alcanzaban á veces 10 á 15 metros de elevación por muchos metros de circunferencia. Una envoltura de una especie de corcho abundante, siempre en crecimiento, era el que prestaba al árbol ese desarrollo en diámetro verdaderamente desproporcionado, y él es el que ha concurrido en proporción enorme á la formación de muchos carbonos de piedra.

Del tronco del árbol salen ramas que se dividen en dos y éstas á su vez en dos y así sucesivamente, hasta terminar los ramos en unas espigas ovoideas, cubiertas de unas escamas que llevan por encima sacos alargados (esporangios). Algunas de estas espigas están tan bien conservadas que se puede distinguir en ellas, con ayuda del microscopio, las células con anterozoides de las microsporas, y el arquegonio único desarrollado en el vértice del protalo femenino de la macrospora, particularidades que tienen su representación en ciertos grupos de criptógamas vivas. Las ramas estaban cubiertas de hojitas, que al desprenderse dejaban unas cicatrices de forma escamosa, á lo que alude el nombre de lepidodendros, que quiere decir en griego *árbol escamoso*.

Tenían raíces divididas en ramas

más ó menos importantes, rodeadas de raicillas como palillos cilíndricos, estando conformadas para la vida en pantanos, propio de los árboles á que pertenecen. Por eso en las marismas y los estanques de aquella época caían numerosos restos de aquéllos, arrancados por los vientos huracanados, y estos fragmentos, expuestos á la acción de una humedad frecuentemente renovada, eran invadidos por innumerables microbios que determinaban su putrefacción y desaparición. Allí donde se desarrollaban los lepidodendros en aguas silíceas se han conservado perfectamente su madera, su corteza, sus raíces y las espigas, sirviendo de abrigo á innumerables parásitos animales y vegetales, interesantísimos por remontarse á tan remotos tiempos, en que puede decirse se inició la vida en los continentes.

Como se ve, el estudio morfológico é histológico de los lepidodendros ha podido completarse con igual precisión que si se tratase de una forma actual, y ha contribuido en gran manera al conocimiento de las criptógamas superiores, que carecen actualmente de representantes tan valiosos y corpulentos; esto prescindiendo de los datos que su manera de vivir ha suministrado al geólogo sobre las condiciones del clima en el globo durante la época en que semejante vegetación se desarrollaba.

Extendiendo semejante orden de investigaciones á otras plantas fósiles, esta rama de la paleontología, iniciada ya hace mucho tiempo, ha podido llegar á conclusiones sumamente interesantes y precisas, siendo uno de los elementos más valiosos que han edificado la gran doctrina de la evolución.

SALVADOR CALDERÓN.

